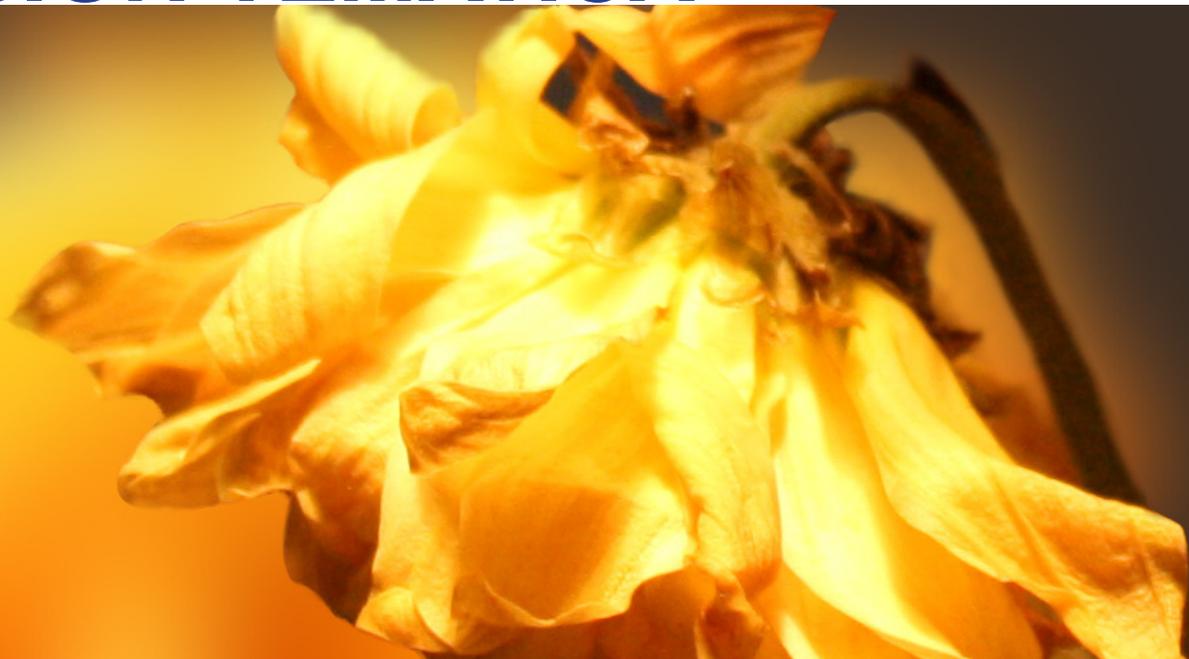


VERSIÓN TEMÁTICA



Inseguridad y violencia: ¿un callejón sin salida?

Acciones colectivas para la construcción de un proyecto de sociedad alternativo

Carlos Pérez Zavala

Inseguridad y violencia: ¿un callejón sin salida?

Acciones colectivas para la construcción de un proyecto de sociedad alternativo

Carlos Pérez Zavala¹

En este ensayo se hace un recuento de algunos de los problemas que enfrenta actualmente la sociedad mexicana. Particularmente se toca el tema de la inseguridad provocada por los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el crimen organizado. Ante la presencia de un clima de descomposición social y de violencia se cuestionan las acciones de un gobierno a la deriva y se propone una reflexión sobre las condiciones de posibilidad para construir una salida a este laberinto de infortunios. Se aborda la construcción de una nueva ética social ciudadana que se articule como una expresión política desde lo individual hacia lo comunitario y que intente ser una salida colectiva a este caudal de malestares que enfrenta la población mexicana en nuestros días.

PALABRAS CLAVE: inseguridad, violencia, guerra interna, ética social, comunidad, imaginarios sociales.

This essay recounts some of the problems currently facing Mexican society. It particularly addresses the issue of insecurity caused by fighting between armed forces and organized crime. In the presence of an atmosphere of social breakdown and violence are questioning the actions of a government adrift and at the same time a reflection on the conditions of possibility to build a way out of this maze of woe. Therefore, it addresses the construction of a new social ethic that articulates citizen as a political expression from the individual towards the community and try to be a collective output of this flow of ailments faced by people in Mexico today.

KEY WORDS: insecurity, violence, internal war, social ethic, community and social imaginary.

¹ Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-X.

Introducción

DOS ASUNTOS SE DISCUTEN ACTUALMENTE en los círculos políticos y en medios de comunicación en la sociedad mexicana de nuestros días, y éstos se refieren fundamentalmente a dos problemas: la ausencia de mínimos niveles de seguridad de los ciudadanos a partir de los enfrentamientos entre el crimen organizado y las fuerzas armadas y los descalabros de la economía y sus nocivos efectos para la mayoría de la población. El contexto en que se viven estos problemas se agrava aún más por las lamentables políticas por parte del Estado que, por un lado, insiste en hacer pagar los fracasos económicos a las clases desfavorecidas y, por otro, bajo un esquema de militarización y de guerra interna en contra del crimen organizado, instrumenta acciones que buscan criminalizar las protestas sociales y desarticular movimientos sociales, sindicatos independientes de trabajadores o grupos de ciudadanos en oposición o resistencia.

En pocas palabras, podemos afirmar que estamos en medio de una situación muy ominosa y en el contexto de una pérdida progresiva de autoridad y legitimidad por parte de las estructuras de poder convencionales. La presidencia no gobierna, los partidos no tienen propuestas ni programas y otros actores políticos están apostándole a un clima generalizado de ingobernabilidad para hacerse presentes. Por si fuera poco, estamos conscientes que vivimos una era oscura en donde privan la violencia y la impunidad de la mano de la corrupción y el desencanto.

En este mundo fragmentado (Castoriadis, 2008) nos corresponde a los ciudadanos atender y buscar respuestas a múltiples e inexorables problemas que provocan la ausencia de rumbo por parte de las autoridades de gobierno, la carencia de políticas públicas a favor de los más necesitados y la sordera de casi todos los actores políticos a innumerables reclamos de la sociedad civil.

En un intento de mirar con cierta distancia, si es que eso es posible, los múltiples problemas que caracterizan a la sociedad mexicana de nuestros días, consideramos que es necesario acudir a algunos conceptos de la teoría social. Proponemos abordar esta compleja realidad social mexicana a partir de los conceptos 'guerra interna' (civil), 'catástrofe social y política' y 'ética social'. En aras de acercarnos a una comprensión de lo que acontece en nuestro país, es necesario reflexionar sobre las raíces y causas de algunos de los problemas, acudiendo a los conceptos arriba propuestos. Los males que nos aquejan no son menores, y no vamos a resolverlos como sociedad si nos quedamos en la inmediatez y la emergencia que caracterizan el momento presente. A partir de una mirada que nos permita hacer una reflexión profunda y contar con la mínima distancia podremos tal vez aproximarnos a las posibles soluciones.

Guerra interna

El primer concepto que sugerimos es la noción de ‘guerra interna’, entendida como una situación límite que habla del enfrentamiento entre dos o más actores beligerantes y con estrategias definidas para enfrentar al enemigo. Como señala Jorge Carrasco Araizaga:

Si bien el Comité Internacional de la Cruz Roja se cuida de no encuadrar el estado de violencia generalizado en México como un “conflicto interno”, las características de los bandos en pugna, el tipo de armamento que utilizan, la frecuencia de los enfrentamientos, el número de muertos, heridos, desplazados y desaparecidos, así como de ejecuciones extrajudiciales, lo ubican muy cerca de esa condición, según los parámetros del Derecho Internacional Humanitario [Carrasco, 2011: 15].

La “guerra” en contra del crimen organizado, declarada por el presidente Felipe Calderón desde el principio de su gobierno, se parece cada vez más a un conflicto armado interno en donde se observan miles de civiles muertos, ejecuciones extrajudiciales, desaparición de personas, desplazamientos de poblaciones, reclutamiento de menores de edad, etc. Por ello hablamos de guerra interna en referencia a los enfrentamientos que se han dado entre las fuerzas armadas y los grupos del crimen organizado en los últimos cinco años. En esta conflagración, como en todo evento bélico, siempre hay muchas víctimas. En este período se contabilizan alrededor de 40 mil homicidios.² Muchas de estas víctimas han sido personas ajenas a cualquiera de los dos bandos. Es decir, verdaderos inocentes, actores pasivos o depositarios involuntarios de los efectos que genera la conflagración en la que viven.

Los costos o saldos de estos interminables eventos no sólo se refieren a los mexicanos que han perdido la vida, que han sido desaparecidos o heridos gravemente, sino también a los efectos nocivos que esto ha provocado en el resto de la población. Los ámbitos de las estructuras sociales, institucionales y comunitarias han sufrido de muchas maneras el clima de violencia que se respira en tiempos de una guerra interna sin cuartel. Hay, por ejemplo, alrededor de 40 mil huérfanos de la violencia (*Turati: 2010, 9*), y por lo tanto miles de familias en completa desolación y en estado de indefensión.

Para el grueso de la población ha significado el surgimiento de muchas afecciones que si bien se nutren del miedo y angustia que significa vivir en un estado de inseguridad permanente, se han ido configurando en formas anómalas de sociabilidad fuertemente impactadas por estas condiciones.

² Datos proporcionados por Alejandro Poiré, vocero gubernamental en materia de seguridad (*La Jornada*, 28 de mayo de 2010, p.11). Sin embargo, el semanario *Zeta* (julio de 2011) documenta que ya hemos rebasado la frontera de las 50 000 muertes en este período.

Mientras todo esto sucede no podemos simular que no está pasando nada y seguir con nuestras tareas cualesquiera que éstas sean. Estamos viviendo la disolución de todas las certezas en un escenario que podría considerarse el peor de los últimos años.

Si bien estamos presenciando cómo se colapsan todas las instituciones y cómo se desdibujan las estructuras de gobernabilidad en casi todos los niveles, en medio de una tormenta de calamidades, al mismo tiempo descubrimos con sorpresa que a pesar de todo seguimos con vida y que no todo está perdido.

¿Cómo fue que llegamos a este punto de no retorno? ¿Qué ha sucedido con nuestro país en los últimos años que nos ha colocado inexorablemente en esta encrucijada que nos puede conducir a una catástrofe social y política sin precedentes?

Tal vez tendríamos que decir que son muchas las causas y algunas de ellas todavía no se han hecho visibles. De parte de las autoridades observamos diagnósticos muy elementales, lugares comunes que en realidad tratan de justificar sus acciones más que entender las causas profundas de la catástrofe.

Así, los diagnósticos desde el poder, o la versión oficial sobre lo que nos aqueja, se circunscribe a mencionar que el incremento de las acciones por parte del crimen organizado en los últimos años se debe a que finalmente el Estado ha tomado en sus manos la responsabilidad de enfrentar el problema con toda la fuerza del Estado.

En el llamado diálogo con el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad que encabeza Javier Sicilia, el señor Calderón esgrimía el argumento de que el aumento en el índice de violencia se debe a que las fuerzas armadas han desmembrado a varios cárteles del crimen organizado, y con ello se han formado diversos grupos que si bien no tienen la capacidad de participar en el enorme negocio que representa la exportación de drogas a los Estados Unidos, sí tienen la capacidad de ejercer el narcomenudeo y de hacerse presentes y apoderarse de ciertas regiones mediante el terror y el ejercicio de diversos delitos del orden común (secuestros, extorsiones, etcétera).³

Más allá de que la política del Estado de enfrentar violentamente al crimen organizado ha dado algunos resultados en cuanto a la detención y arresto de varios capos, al mismo tiempo estas acciones han provocado la fragmentación en múltiples células delictivas, y con ello ha aumentado también la incidencia de múltiples delitos en una gran cantidad de municipios y regiones de nuestro país (Guerrero: 2011, 41).

³ Véase *La Jornada*, 24 de junio de 2011, p. 1.

Sin embargo, estas explicaciones sobre el aumento de la violencia se olvidan de mencionar los vacíos de poder que ha propiciado un gobierno con escasa legitimidad, y con ello han aumentado las actividades delictivas de grupos delincuentes que pertenecen a diversos cárteles en nuestro país. Ante estos vacíos de poder, el crimen organizado hizo suya la estrategia de apoderarse del mayor número de plazas posibles y penetrar aún más las instancias de las propias fuerzas de seguridad para imponerse como un poder fáctico a lo largo y ancho del territorio nacional.

Para otros actores sociales la principal causa de este desastre se ha originado por los incontenibles niveles de pauperización de la mayoría de la población, el aumento desmedido de los niveles de desempleo y, con ello, una cada vez mayor desigualdad en las condiciones de existencia de una estructura social cada vez más asimétrica, inequitativa e injusta: los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, parece que los únicos trabajos disponibles los ofrece el propio crimen organizado.

No falta quien sostenga que estamos cosechando el deterioro de un sistema político que ha propiciado la descomposición de los valores y principios de una democracia que nunca ha terminado de llegar, hay una falta de credibilidad en las instituciones del Estado, incluyendo las encargadas de organizar la expresión de la voluntad electoral; han fallado. La ausencia de políticas públicas ha dejado en la orfandad a millones de mexicanos o en manos de dirigentes corruptos en las esferas de la educación, la salud y el desarrollo social.⁴

Una última postura podría ser la de sumar todas las anteriores para poder encontrar algunas pistas que nos ayuden a entender nuestra condición actual como país y como sociedad.

En una reflexión un poco más propositiva se puede pensar que toda esta descomposición ha hecho posible que desaparezcan los mínimos niveles de moralidad y de sustentabilidad de una serie de políticas que han despojado a los ciudadanos de su palabra y de su capacidad de acción, porque, después de todo, uno se pregunta ¿cómo podríamos medir los niveles de despotismo, autoritarismo y dominación que algunos actores han mostrado tener en los últimos años?, ¿cuál es el tamaño de la voracidad por el poder, el dinero y todo lo que ello conlleva de los funcionarios, políticos y narcotraficantes como para poner en juego la vida de los mexicanos?, ¿cuáles son los límites de una desbordada pérdida de valores fundamentales, de un incremento de impunidad, inmoralidades e infamias que no pocos actores sociales han instrumentado en los últimos años?

Parece que son preguntas ingenuas, o por lo menos fuera de lugar en estos momentos aciagos, y sin embargo es necesario plantearlas aunque todavía no tengamos respuestas.

⁴ En estos días sabemos que más de 7 millones de jóvenes no tienen trabajo ni oportunidades de realizar estudios, según palabras del rector de la UNAM (*La Jornada*, 24 de agosto de 2010).

Catástrofe social y política

En la búsqueda de conceptos que nos ayuden a entender lo que está sucediendo en la sociedad mexicana consideramos el término de ‘catástrofe social’ (Sergio Bagú, 1997), ya que puede proporcionarnos pistas para esclarecer la realidad que viven los habitantes de este país. Traemos este término a partir de lo que hemos observado en varios puntos estratégicos del territorio mexicano.

El ejemplo paradigmático de lo que podría calificarse como una catástrofe social lo tenemos en el caso de Ciudad Juárez, en el estado de Chihuahua. Desde hace varios años su población ha resentido los desenfrenos de una intensa violencia y al mismo tiempo ha padecido la sombra de la impunidad. Las mujeres jóvenes asesinadas desde 1993 a la fecha suman 846 víctimas mortales⁵ Además, esta ciudad fronteriza ha sido escenario de múltiples enfrentamientos entre las fuerzas del orden y varios grupos del crimen organizado. La proliferación de secuestros, ejecuciones y enfrentamientos la han despojado de toda su vitalidad, tanto social como económica, y ahora aparece como un referente de la violencia que ya alcanza a todo el país. Se calcula que al menos 30% de las 28 mil muertes registradas en los últimos tres años y medio en el país han sucedido en esta ciudad.⁶

Ciertamente en los últimos meses ha repuntado el tema de la inseguridad a partir de las oleadas de violencia que han protagonizado las fuerzas armadas y los integrantes de los cárteles en su lucha por apoderarse de diversas plazas. Este repunte de la violencia ha desplazado las discusiones y debates en torno a la crisis económica internacional que ha significado para México una recaída de sus ya de por sí bajos niveles de crecimiento. Si a las propias economías del primer mundo les está llegando el agua a los aparejos, da miedo pensar qué va a pasar con las economías emergentes. El escenario para el mundo entero es muy desalentador en cuanto a crecimiento y desarrollo, y en el caso de nuestro país hay que agregar que seguimos arrastrando las consecuencias de un proyecto económico fallido que ha dado muestras de inoperancia y falta de compromiso con los grandes sectores sociales. Es altamente significativo que incluso la Comisión Económica Para América Latina, en su reunión de Brasilia, reconozca que los efectos del proyecto económico del neoliberalismo han sido devastadores y han generado mayor pobreza que desarrollo.⁷ Es decir, en lugar de haber fomentado el crecimiento económico, han agravado los problemas de desempleo, pobreza y deterioro de la calidad de vida, al menos para América Latina. Una vez más, México aparece como el país más afectado por estas políticas económicas de los últimos tres lustros.

Recientemente la Economist Intelligence Unit señaló que la economía mexicana se encogió

⁵ Según datos oficiales de la PGJ del estado de Chihuahua. Sólo en el estado de Chihuahua, en lo que va del año, 169 han sido mujeres asesinadas (*El Universal*, 19 de julio de 2010, p. 1).

⁶ Véase revista *Proceso*, núm. 1761, agosto de 2010, p. 5.

⁷ Véase *La Jornada*, 30 de mayo de 2010.

6.1% en 2009 y que sólo en el período que va del tercer trimestre de 2008 al segundo de 2009 se perdieron 700 mil empleos. En suma, según este informe, en los 10 años anteriores a 2010 el ingreso por persona creció sólo 0.6% anual, una de las tasas más bajas del mundo.⁸

Con todo, en este ensayo no pretendemos hacer un análisis exhaustivo sobre el estado de la economía nacional, más bien queremos centrarnos en una reflexión sobre los altos índices de ingobernabilidad que hemos padecido en fechas recientes a partir de las erráticas políticas del gobierno panista, tanto para enfrentar la crisis económica como la crisis de la inseguridad.

Colateralmente a esta crisis ocasionada por múltiples factores, los gobernantes actuales se debaten en una serie de frentes que no pueden resolver. El más reciente se refiere a la necesidad de imponer una reforma laboral que se anuncia como una reforma necesaria, pero que en los hechos muestra verdaderas intenciones de terminar con los sindicatos independientes. Además, bajo la batuta empresarial instrumentan la tentativa de desaparecer los derechos de los trabajadores mexicanos. Todo esto dentro del contexto de una política que busca castigar a los movimientos sociales que todavía se resisten a estas formas autoritarias de un Estado a la deriva.

En esta catástrofe aparecen los trabajadores como en un estado de indefensión (véase el caso de los trabajadores del sindicato de la extinta Compañía de Luz y Fuerza o más recientemente de la compañía Mexicana de Aviación), a la deriva, y enfrentando graves riesgos. Más allá de querer plantear algunas salidas posibles a esta deplorable condición crítica de la economía mexicana, en este trabajo sólo nos proponemos esbozar acciones que nos puedan colocar en el papel de protagonistas de nuestra propia historia al imaginarnos proyectos de sociedad posibles y alternativos.

Ante un gobierno que ha incrementado los niveles de inseguridad a partir de una declaración de guerra al crimen organizado, sin hacer un cálculo de las consecuencias para la ciudadanía, es que se ha agravado el estado de indefensión en el que ya nos encontrábamos desde hace casi una década. Desde el punto de vista de los ciudadanos esto no va mejorar aunque se logre que el poder Legislativo apruebe una reforma política y una nueva ley de seguridad nacional; sobre todo porque dichas reformas, incluyendo la laboral, se están construyendo al margen de su opinión y de los movimientos sociales.

Las posibles salidas a esta situación de ingobernabilidad parecen muy lejanas y fuera del alcance de los movimientos sociales que han cuestionado la ilegitimidad del régimen desde que éste se hizo del poder mediante un fraude electoral en el año 2006. Así, estos otros actores, los que siguen en lucha por un nuevo proyecto de nación, los movimientos sociales que se resisten a las políticas económicas

⁸ Véase *La Jornada*, 6 de septiembre de 2011, p. 2.

que han sumido en la pobreza a la mayoría de la población, no tienen condiciones para expresarse en un escenario bélico que enmascara todas las formas de oposición al actual gobierno panista.

Las disputas por el poder y por la conquista de todas las plazas (léase estados, ciudades y regiones) parecen no terminar e involucran cada vez más a nuevos grupos de poder. El proceso de construir diversas hegemonías es la moneda de cambio de todos los grupos dominantes en tales escenarios. Los narcos tienen el dinero y las armas, los militares y las policías tienen la impunidad y las armas, los poderosos tienen el dinero y los medios de comunicación para hacerse presentes en todos los espacios en donde sea posible ejercer su poder.

Los partidos intercambian banderas a conveniencia y negocian lo que antes parecía innegociable con tal de asegurarse un espacio de poder para los próximos años. Desde ahora ya se libra la lucha por el proceso electoral de 2012, como si lo único que importara fuera cómo van a quedar cada uno de los partidos en esa próxima oportunidad de hacerse de los medios para gobernar el país.

Si en el proceso electoral de 2006 el gran elector fueron los medios de comunicación que tomaron en sus manos una campaña que promovía el miedo y el terror apuntando todas sus baterías en contra del candidato de la izquierda, en 2012 el crimen organizado se perfila como el gran elector.

La confirmación de esta iniciativa por parte del crimen organizado para incidir en los procesos electorales consistió en el asesinato del candidato del PRI a la gubernatura de Tamaulipas tres días antes de las elecciones correspondientes. Estos lamentables eventos presagian un clima bastante complicado para las elecciones presidenciales de 2012. El fenómeno del narcoterrorismo no es nuevo en nuestro país, aunque en estos momentos se vislumbra como un ingrediente que puede pesar significativamente en los escenarios electorales de los próximos años. Seguir alimentando el miedo y la incertidumbre puede desalentar la participación de los ciudadanos en los procesos electorales.

El crimen organizado visto como una narcoinsurgencia que tiene que ser combatida con tácticas militares y enfrentada como se hace con los grupos terroristas en cualquier parte del mundo es sin lugar a duda un deseo de los Estados Unidos.

Recién estamos confirmando que el señor Calderón ha firmado sendos acuerdos con el gobierno de Estados Unidos para permitir que fuerzas militares disfrazadas de civiles y espías de la CIA y de la DEA intervengan en nuestro país en todos los planos, tanto en labores de inteligencia como en operativos militares y policíacos.⁹

⁹ Véase revista *Proceso*, núm. 1807, 19 de junio de 2011.

Tal vez nunca habíamos vivido en peligro de perder nuestra soberanía como país independiente como lo estamos ahora. La historia de las intervenciones de Estados Unidos en nuestro país quiere agregar otro capítulo a la bitácora, y lo más deleznable es que sea con la cooperación del que se dice es el presidente de nuestra nación.

Ética social

Otro concepto que puede ser útil tiene que ver con la ética social (Villoro, 1997; Savater, 1992) – desde la perspectiva de las acciones que llevan a cabo los contendientes de esta guerra sobresale la ausencia de una propuesta que valore la vida humana y que promueva acciones sustentadas en un interés legítimo que proponga favorecer a la mayoría de la población. En este sentido, pensamos que los contendientes no ven más allá de sus propios intereses y nunca se preguntan cuál es la posición de los ciudadanos ante este desastre. Es una guerra sin cuartel en la que se lucha por el poder y los ciudadanos no tienen ninguna posibilidad de hacer escuchar su voz, aun cuando son los depositarios en muchos de estos enfrentamientos.

Por ello, más allá de que esta cuestión no sea planteada ni por las autoridades en turno o por otras instituciones, incluyendo la iglesia católica, creemos que es importante que desde la perspectiva de la sociedad civil se considere una forma de enfrentar esta descomposición del sistema social: que los ciudadanos construyan y reconstruyan sus redes sociales, grupos de encuentro y comunidades en aras de poder acompañarse en esta lucha, siempre, desde una plataforma social que incluya una propuesta ética. Y esta propuesta ética sólo puede provenir de los ciudadanos porque tanto los actores políticos convencionales como las instituciones del Estado han perdido la condición de ser sujetos de crédito para una propuesta moral que pueda contar con la mínima legitimidad.

Por ello, y ante tal coyuntura, es inevitable referirnos a la cuestión ética desde una propuesta operativa que consiste en imprimirle sentido y valor a nuestras acciones siempre pensando en el bien común. Si bien el comportamiento cotidiano implica ya una forma de construir una coherencia y sentido ético a nuestras acciones, ahora se trata de construir colectivamente referentes sociales que nos permitan ir construyendo consensos y estrategias que hablen desde una sociedad civil consciente y decidida a salirle al paso a la ausencia de líderes o instituciones que pudieran abanderar estas acciones.

Ciertamente esto no quiere decir que se deba enfrentar directamente al ejército o a los sicarios de los cárteles de la droga, lo que resultaría una especie de suicidio. Lo que se pretende es crear sentido y propósito a una moral social que busca resignificar las acciones sociales que de manera

natural emprenden diversos grupos en sus luchas en contra de las injusticias, impunidades e infamias de las autoridades gubernamentales y en sentido contrario a lo que pretenden otros actores institucionalizados como los partidos políticos o las organizaciones sociales con fines particulares.

En otras palabras, en esta situación extrema, en donde asistimos a una verdadera emergencia nacional que nos pone al borde de una catástrofe social sin precedentes y nos coloca en la encrucijada de imaginar una propuesta de acción desde una postura ética definida, es necesario emprender acciones que nos provean de herramientas para contrarrestar el hecho de que hoy en día los ciudadanos –campesinos, obreros, comunidades indígenas y todas las poblaciones en riesgo y desprotegidas– aparecemos una vez más como los más vulnerables y desprotegidos, sin poder, sin dinero, sin representación y sin armas. En otras palabras, se trataría de poner fin a la condición de una sociedad civil secuestrada por estos grupos de poder que mientras llevan a cabo su guerra no reparan en las consecuencias para las condiciones de existencia de la nación. Como un ejemplo de una disparidad de la atención por parte del actual gobierno hacia las diferentes clases sociales podríamos referirnos al hecho de que ante miles de secuestrados y desaparecidos sólo se busca a los que tienen poder o dinero. Existe un panorama desolador en nuestro país dada la enorme cantidad de personas que han sido secuestradas en los últimos años. México ocupa el primer lugar en la incidencia en este delito. Según el señor Juan Miguel Alcántara Soria, secretario ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, la tasa de secuestro en 2010 aumentó 78.8% con respecto a 2008. Pero con respecto a 2006, se elevó 200%.¹⁰

Posibles salidas del laberinto

¿Qué se puede hacer? Enfrentarse en contra de los grupos armados dentro o fuera del Estado dejó de ser una posibilidad desde hace varias décadas, abanderar luchas políticas por las vías de la representación en partidos políticos es una tarea que en los últimos años ha dado muestras de su ineficacia. Convertirse en carne de cañón o abanderar una especie de martirologio no parece algo promisorio.

Tal vez hay que enfrentar el asunto pensando en la reagrupación de fuerzas y estrategias por parte de los ciudadanos. Crear organizaciones solidarias y fortalecer las que ya existen, propiciar redes desde diversas organizaciones, comunidades, grupos en resistencias aparece como una tarea prometedora. Sin embargo, creemos que lo más importante es alimentar una conciencia ética de lo que podemos aportar los ciudadanos desde abajo para redefinir un proyecto de nación.

¹⁰ Véase *La Jornada*, 28 de mayo de 2010, p.10.

Desde lo más íntimo hasta lo social hay un sendero que nos puede conducir a una serie de acciones que tal vez en el corto plazo no logren cambiar el estado actual de las cosas, pero puede ser que en el mediano plazo estemos cultivando nuevas formas de acción social que prefiguren las acciones que ayuden a fortalecer nuestras formas de conciencia y, por consecuencia, nuestros estilos de vida.

Los puntos de partida para emprender estas tareas de dignificación y de construcción de una ética social ciudadana tienen que surgir desde una reflexión libre y autónoma en cada uno de los individuos. En este sentido, el cuidado y el cultivo de sí aparece (Foucault, 1987) como un punto de partida inevitable cuando estamos pensando en una propuesta ética para construir comunidad.

De acuerdo con Michel Foucault (1977), no se trata de pensar sólo el poder como un aparato del Estado o como fuerzas imponentes que se traducen en mecanismos de control por parte de las instituciones en contra de los individuos. Hay que partir de una noción del poder en un sentido relacional. En toda relación existe el poder, y es en la articulación de relaciones y redes de relaciones horizontales en donde inicia nuestra propia manera de asumir un comportamiento ético y un cierto ejercicio responsable de nuestra cuota de poder.

Ante la impotencia de responder al desastre económico, social y político que enfrentamos como nación, ante la incapacidad de los gobernantes de construir una alianza nacional para combatir los problemas derivados de la presencia del crimen organizado, ante las condiciones de inseguridad que han propiciado los mismos que dicen que están enfrentando el problema de la violencia, hay que desmarcarse de una guerra en donde no parece haber ganadores. Si todos estamos perdiendo y si la ciudadanía no tiene recursos ni representantes para hacer oír su voz, entonces es necesario tomar vías alternas y mostrar una salida que si bien no dará frutos en el corto plazo, sembrará las condiciones para un nuevo contrato social.

¿Cómo va a producirse este proceso de toma de conciencia? Francamente es muy difícil predecir los estadios que tendrán que superarse antes de pensar en que los ciudadanos podamos atravesar el miedo, la incertidumbre y la desazón. Sin embargo, el agravamiento de la situación que vivimos puede ser paradójicamente un facilitador, un punto de quiebre para que tomemos conciencia de nuestro propio poder.

Ciertamente esta tarea no está exenta de dificultades ya que, de igual forma, en lo relacionado con los ámbitos de la realidad social podemos llegar a un callejón sin salida. Es decir, en el terreno de la realidad social bien podríamos estar de acuerdo que son muy estrechos los caminos para salir airosos como sociedad del atolladero en que nos encontramos. La violencia, la inseguridad, la injusticia, la corrupción, la impunidad y la falta de timón nos colocan inexorablemente en un callejón sin

aparente salida. Pero a nivel de lo personal, de los procesos de la subjetividad que nos permiten constituirnos como sujetos, también enfrentamos escollos y problemas no menos espinosos. ¿Cómo trabajar el poder en los propios terrenos de lo microsocioal? ¿Cómo colocarnos en las relaciones que establecemos en la vida diaria sin convertirnos en representantes de poderes ajenos? ¿Cómo no reproducir los mecanismos de poder que nos someten tratando de someter a otros?

Tal vez parece un poco lejano pensar que podemos imaginar un nuevo modelo de sociedad partiendo de comportamientos personales que buscan mostrar caminos posibles para la convivencia; sin embargo, la convivencia se nutre de nuestras subjetividades, y es a partir de ellas que se construyen formas de coexistencia en las comunidades o grupos sociales.

Una vez más esta figura que puede servir como una especie de brújula tiene que ver con la ética. Mirarnos al espejo y buscar la verdad dentro de nuestras propias representaciones de nuestra identidad como personas tiene sentido en la medida en que desde allí se proyectan nuestros comportamientos en el terreno de lo social.

Ante un mundo fragmentado y cuando las instituciones se desvanecen en múltiples equívocos y sinsentidos parecería que estamos en efecto en una encrucijada (Castoriadis 2008). Frente a esta catástrofe en donde no hay actores políticos confiables y alternativas para pensar en un proceso de democratización por la vía electoral, es necesario utilizar formas creativas de participación política y nuevas acciones para afrontar los despropósitos de una clase política incapaz de dar respuesta a los malestares sociales.

Uno de los ejemplos más cercanos de este deterioro de las instituciones que se adjudicaban el derecho de dictar normas morales lo tenemos en la institución de la iglesia católica. Desde las altas esferas del poder eclesiástico hasta los micropoderes de un cura de pueblo, los preceptos de una moral cristiana son puestos en duda por los mismos actores internos de la institución en crisis.

Ha llegado el momento en que el Vaticano haga a un lado la política del silencio ante las miles de denuncias de actos pederastas de sus miembros. Las denuncias alcanzan los más altos niveles de la estructura de poder de esta institución, y no pueden hacerse a un lado. Dentro y fuera de la Iglesia aumentan las voces que exigen un alto a dichas conductas que rayan en la patología a todos los niveles.

Pero la debacle de los valores, de las certezas, y por ello de los mantos que han ocultado la verdad por muchos años, no sólo alcanza a las instituciones fundamentales de la sociedad –el Ejército y la Iglesia son estructuras que prefiguran muchas características de la sociedad–, sino también a todas las instituciones sociales y en todos los niveles. Nosotros estamos incluidos en esta devastación moral social.

El reconocimiento de tal implicación es un punto de partida. Explorar las áreas en las que hemos reproducido formas de poder verticales, construidas por el peso de la costumbre, los hábitos y las salidas fáciles, es una forma de reconocer el grado en que estamos involucrados en la indiferencia y el conformismo que nos atan a nefastos patrones habituales.

Pensar en la posibilidad de un nuevo mundo, un nuevo contrato social, una sociedad más justa es prefigurar un espacio en el que nos imaginamos la existencia de posibilidades para crear una nueva sociedad desde los propios ciudadanos. Nuestra imaginación se hace realidad en primer lugar en nuestras acciones más cercanas, inmediatas. En un segundo momento, al incidir en los espacios de relaciones sociales en donde participamos y tenemos alguna presencia. Si hacemos posible la idea de que las condiciones objetivas y subjetivas pueden cambiar, tal vez podamos enfrentar los problemas desde un ángulo de lectura un poco más amplio. Para ello se requiere pensar colectivamente. Es decir, compartir con nuestros semejantes, con nuestros vecinos o compañeros de trabajo las condiciones de posibilidad para construir imaginarios sociales que nos permitan pensar en proyectos sociales y en acciones colectivas que busquen materializar nuestras propuestas de nación y de sociedad.

Un punto de apoyo a estas iniciativas radica en el cultivo de comunidad, en construir referentes sociales, vínculos y redes de relaciones sociales en las cuales se puedan tejer los imaginarios sociales de los nuevos actores sociales. Si bien la noción de comunidad generalmente nos remite a una condición particular de ciertos pueblos o movimientos sociales de campesinos y comunidades indígenas, es necesario ampliar su significado, retomar los rasgos centrales y fundacionales de esta forma de solidaridad social y socializarlos y extenderlos a cualquier colectivo. La resignificación de la comunidad nos permite construir espacios que revitalizan patrones de relación y al mismo tiempo se adaptan a las condiciones históricas y específicas de cada uno de los grupos que intentan la consolidación de comunidades en vías de construcción; la comunidad como pretexto (De Marinis, Gatti e Irazusta, 2010), como punto de partida de una nueva forma de organización social horizontal y autónoma, como una plataforma que refuerza la solidaridad entre ciudadanos, trabajadores, campesinos y colectivos.

Las nuevas formas de relaciones sociales también ocurren por medios electrónicos (redes sociales) y aunque a primera vista pueden ser consideradas como impersonales son herramientas de consenso y plataformas para difundir mensajes, valores y proyectos en curso. Hemos tenido algunos atisbos de lo que puede llegar a considerarse como una propuesta ética desde los ciudadanos y movimientos sociales. Tanto en el caso de los afectados por despidos injustificados (SME), de las víctimas de la violencia de estado (asesinados por militares en varios operativos: niños de Tamaulipas, estudiantes de Monterrey, familias en Guerrero y Nuevo León, jóvenes de Ciudad Juárez) o de las víctimas de la corrupción y displicencia de los mecanismos de administración de instituciones

públicas (49 niños calcinados en Hermosillo), observamos que entre todo el enjambre de versiones oficiales exculpatorias aparece la voz, el testimonio de ciudadanos que denuncian la injusticia y la impunidad. Ante la magnitud del despojo, de la pérdida, del dolor, y haciendo a un lado el miedo, se sobreponen a los acontecimientos buscando una reparación, buscando justicia, buscando su voz. Estas voces son el punto de partida de una nueva actitud ciudadana. Una voz que no transita por las estructuras burocráticas de partidos o sindicatos charros, una voz que no pide permiso para hablar y se atreve a enfrentar el cinismo y la hipocresía de los gobernantes. Es la voz del ciudadano que asume su condición de hombre libre, y consciente de sus posibilidades como participante de movimientos sociales y colectivos hace suya la necesidad de mostrar el ejemplo de construir una nueva ética política.

Indicios de esperanza (a manera de conclusión)

Es necesario que la sociedad civil emprenda la construcción de consensos que alimenten la exigencia de detener esta catástrofe social. Articular demandas amplias para que las autoridades cumplan sus funciones básicas de velar por la seguridad de los ciudadanos.

La expresiones de descontento y hartazgo de los ciudadanos mexicanos vuelven una vez más a tomar las calles. A partir de una gota de sangre que derramó el vaso hemos visto en los últimos meses una sociedad civil viva que pugna por participar activamente en configurar el futuro y la posibilidad de un proyecto social alternativo. El dato de 50 mil muertes en lo que va del sexenio del presente gobierno había sido vivido de manera silenciosa, casi resignada, por una población tal vez imbuida de miedo. Pero la emergencia de un poeta que sufre el asesinato de su hijo y nos convoca a salir a la calle y manifestar nuestro hartazgo a una situación que llegó a un límite insostenible nos ha permitido observar a un pueblo indignado, a una sociedad que atraviesa el miedo y expresa su voz exigiendo justicia a las autoridades, exigiendo el fin de los altos niveles de corrupción, incompetencia e impunidad a todos los actores políticos involucrados en este estado de emergencia nacional.

Asimismo, debemos tomar en cuenta las expresiones aisladas de una forma de resistencia social casi invisible, que no aparece publicada en ningún periódico, y que sin embargo existe. Incluso en muchas ocasiones los actores sociales de estas formas de resistencia social no necesariamente cuentan con una clara inteligibilidad de las consecuencias de sus actos. A veces se trata de formas de comportamiento de grupos y comunidades que pueden ser calificadas como solidaridad social, acciones que no se proponen adquirir algún tipo de poder ni tampoco responder a ningún interlocutor. Son ejercicios aislados de una cierta ética social que habría que desplegar en todas sus

dimensiones. Éste es el caso de las señoras de la comunidad Guadalupe o La Patrona, municipio de Amatlán de los Reyes en el estado de Veracruz, que todos los días, desde hace 15 años, preparan y reparten comida y agua a los migrantes que transitan por su pueblo a bordo de los ferrocarriles que van hacia el norte. Como sabemos, hay un gran drama social en esta población migrante que atraviesa el territorio mexicano desde Centroamérica hacia los Estados Unidos. Se calcula que anualmente 400 mil migrantes emprenden dicha travesía. No sólo deben sortear una enorme cantidad de obstáculos en los que arriesgan la vida –son presa fácil de grupos de secuestradores que los extorsionan y en caso de no pagar las cuotas, los asesinan–, sino que también corren el riesgo de ser detenidos, maltratados y deportados por las policías mexicanas. Sólo una pequeña parte de esta población logra entrar a los Estados Unidos. Como una nota de esperanza existen estas 14 mujeres –Las Patronas– que saben de la tragedia de los migrantes y salen a su encuentro mientras el tren conocido popularmente como La Bestia pasa a gran velocidad: ellas acercan sus bolsas de comida para que los migrantes puedan comer al menos algo durante su travesía. Este acto aislado es en realidad muy inspirador porque nos hace ver que todavía podemos pensar en formas de solidaridad social que aparecen espontáneamente, sin intención política explícita. Son actos que muestran la existencia de una ética social que tiende a desaparecer en otros actores sociales.

Referencias

- Agamben, G. (2006), *La comunidad que viene*. España, Pre-Textos.
- Bagú, S. (1997), *Catástrofe política y teoría social*. México, Siglo XXI
- Barthes, R. (2003), *Cómo vivir juntos*. Argentina, Siglo XXI.
- Carrasco, J. (2011), «La “guerra interna” toma forma...» en *Proceso*. Núm. 1795, 26 de marzo.
- Castoriadis, C. (2002), *La insignificancia y la imaginación. Diálogos*. Madrid, Trotta.
- (2008), *El mundo fragmentado*. Argentina, Terramar.
- De Marinis, P., Gatti, G. e I. Irazusta (2010), *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. México, Anthropos/UAM-I.
- Foucault, M. (1977), *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*. Tomo 1. México, Siglo XXI.
- (1987), *Historia de la sexualidad: la inquietud de sí*. Tomo 3. México, Siglo XXI.
- Guerrero, E. (2011), “La raíz de la violencia” en *Nexos*. Núm. 401, junio.
- Lipovetsky, G. (2002), *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama,
- Savater, F. (1992), *Ética para Amador*. México, Siglo XXI.
- Turati, M. (2010), “Pesadillas de la orfandad” en *Proceso*. Núm. 1762, 8 de agosto.
- Villoro, L. (1997), *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. México, FCE.